

¿Para qué vivo ya?

Flor Irene Santos Rivera



# Capítulo 1

Las hojas de los árboles, movidas apenas por la brisa suave de la tarde primaveral, se ven ajenas e impasibles ante el humo y el ruido de los carros que pasan cerca. Están vivas pero no oyen ni ven, tal vez tampoco sienten. Silentes, serenas, aún con su color verde vivo. No saben nada de los jóvenes que pasan saliendo de la escuela, y ellos tampoco miran los árboles que los circundan. Van platicando animadamente algunos, otros van solos y en silencio.

Una joven camina muy despacio, casi como zombie, como si estuviera en un mundo lejano al que pisan sus pies. Pasa junto a un árbol y arranca una hoja. La hoja no puede gritar, pero bajo la mirada de la chica parece convertirse en algo muy importante.

Ella se dirige hacia una fuente, caminando lentamente; se siente igual que esa hoja que lleva en la mano: no oye, no ve, no está triste ni alegre, está serena, está viva, es hermosa...pero al igual que la hoja que ha sido arrancada su conexión con la vida también parece cortarse. Vive ya con indiferencia, triste y sin encontrar el sentido a nada.

Distrayendo un poco su espíritu, sentada en el borde de la fuente, juega con la hoja moviéndola sobre el agua. Contempla las ondas... y contempla también su imagen. Su imagen serena en el agua...es mentira, dentro de ella existe una tormenta, un llanto ahogado renuente a salir.

Ha salido temprano de clases, donde no habla con nadie. Son las 6 de la tarde y el sol brilla aún con intensidad. Mira a su alrededor y contempla los árboles, los pájaros, y de vez en cuando dirige su mirada hacia el tráfico de la calle.

Casi no advirtió el tiempo que estuvo ahí. En el agua de la fuente vió de pronto el reflejo de la luna. Por razonamiento sabía que debía regresar a su casa. De nuevo sin ver, sin sentir, sin oír nada, levantó sus libros y caminó como autómatas hacia la parada de autobuses. Dejó la hoja flotando sobre la fuente, junto a la luz de la luna.

Al caminar se cruzó su camino con una señora que llevaba un bebé en brazos. La mirada de la chica se encontró en un momento con la del niño. El pequeño sonrió al verla y ella correspondió con una amplia sonrisa. Se sintió invadida de una gran ternura. ¿Sonrió? hace bastante tiempo que no lo hacía.

Se dio cuenta que aún había vida en ella. ¿Que era, después de todo, lo que tanto la afligía? De pronto sintió que todo debe tener una solución, o si no la tiene debe tener un sentido, o si no tiene un sentido debe hacerse que sirva para algo...y si no pudiera servir para algo arranca entonces al

viento una canción, un poema, que se funda con tus lágrimas, llegue al infinito y ahí se escuche.

Mientras, la vida no se detiene y jamás se detendrá.